



A LOS EMIGRADOS POLÍTICOS.

Para vosotros, los que habiendo abandonado la patria, conservais aún en vuestros corazones, como reliquia santa, un afecto acendrado hacia ella; para los que, en tierra extraña, aún os preocupan las circunstancias adversas ó prósperas del país en que nacisteis; para vosotros los que, esforzados en la lucha, no habeis cerrado los oídos al lenguaje de la razón—y la voz de alarma escuchais, que es eco á vuestros propios presentimientos; para todos vosotros se ha escrito el presente opúsculo.

Al pergeñarlo, me propuse, como principal objeto, conducir á cauce una corriente de energías, que, desbordadas, pudieran destruir, en vez de fertilizar, el campo en que sembrar debemos las simientes del futuro Méjico.

años), la *Patria* desaparece detrás del *Hombre*. El *interes personal*, triunfa del *deber altruista*; y la noción de ciudadanía, se eclipsa en presencia de gerarquías imaginarias. Al “salvemos á la Patria”—sentimiento generoso y altruista—sustituye este otro, “¡triunfemos del enemigo á toda costa!”—Sí; *triunfemos*, aunque para ello tengamos que llamar á las hordas musulmanas, como el Conde Don Julian, ó á los “lanzas libres” de Duguesclin.—“Lógrese lo ambicionado y perezca la Patria.” ¡He allí la fórmula horrible de todos los traidores de todos los tiempos! Y espanta ver cómo el resentimiento *personal*, la codicia ó el simple deseo del triunfo, acicata, impele, ciega, abisma á ciertos hombres, en cuyos corazones y cerebro el “yo” del egoísmo desenfrenado se agranda, y nubla la razón y anestesia la conciencia y les impulsa á dar la puñalada del asesino, gritando *Viva la Patria!*

De intento no quise referirme al sinnúmero de traidores que produjo la *Intervención Francesa*, muchísimos más de los que nos deshonraron durante la *Invasión Americana*.—Siendo de notarse, en rigor de justicia histórica, que estos últimos no levantaron las armas contra su nación, como los *afrancesados*, sino que se limitaron á alzar revoluciones, promover la guerra civil, huir (por glotonería de mando) del campo del combate; ó bien hicieron pública y vergonzosa manifestación de que “permanecerían neutrales,” (léase “indiferentes”),

mientras otros lidiaban mal, conducidos por jefes inexpertos ó desmoralizados.

Verdad que esto no lo hicieron tales ó cuales ciudadanos, sino *varios Estados*, de los que integraban entonces la gran República Mejicana . . . ; pero, ¿que más dá? Cuando el mal de la guerra se continúa largo tiempo, los primeros que caen en cama son el *Decoro Nacional* y la *Nacion de Patriotismo*: lo mismo que se haga referencia á *ciudadanos*, que á *Estados*, que á la *Nacion misma*.—Cuando en la Edad Media las repúblicas ó monarquías, pasaban sobre ríos de sangre de un señor á otro, la ocasión se celebraba con magestuosos *te-deums* en todas las iglesias, y, por la noche, con visitosos *Paseos de Antorchas*, en cuyos farolillos paveseaban la dignidad y el honor público. En una crónica florentina de 1492, se lee: . . . “y por la noche habrá un paseo de antorchas, en el cual tomarán parte todos los que deseen ser bien tratados por nuestros *amigos salvadores*.” Y esos “amigos salvadores,” eran nada menos que los indisciplinados y bárbaros invasores de Carlos VIII, que caían sobre Italia tras el soñado *Reino de Napoles*, después de subyugada la *Guerra Loca*, (*Guerra Folle*), ó sea la *revolucion* promovida por el Duque de Orleans y otros, que, á justo título, se granjearon el apodo de “locos.” . . .

Hablando de la *Guerra de Reforma*, salvada en Zaca-
catecas por Don Juan Zuazúa, con una hecatombe san-

Refiriéndome á la *necesidad* de los partidos políticos, y aún de las *oposiciones*, os mostré la diferencia entre la contienda fructífera, la *oposición racional*, (contándose en ella hasta la de las minorías), y la que sólo se propone el personal medro, ó el implantamiento antagónico de teorías, que mal cuadran al estado político de un pueblo en un momento dado.

Con esto, pretendí inculcar en el ánimo de mis lectores, que las *oposiciones* nunca deben ser antitéticas; que predicar el derrumbe, ó quemar los campos para arrojar en ellos, á ciegas, simientes que quizás son refractarias á la naturaleza del suelo, constituye casi siempre una locura rayana en crimen. Ni los "desca-misados" de España," ni los *sans-cullots* de Francia, han logrado nunca nada, si no es en aquella parte de sus programas en que coincidieron con el régimen existente, ó el que de él variaba bien poco. Francia, como República, ha corrido mejor fortuna que nosotros; y no solamente por haber estado mejor preparada, sino porque jamás ha existido una *republica mas monárquica* que la francesa. El Antiguo Régimen, no ha hecho más que dejarle el primer puesto á la forma republicana. Raspad un poco la película de la forma nueva, y encontrareis de relieve, y en bronce, las antiguas instituciones.

Para que un partido sea viable, precisa no tan sólo proponerse los mismos fines que su antagonista, esto es,

el bien de la nación, sino también hacerlo sin apartarse —ó *pretender apartarse*— del todo, de aquel á quien combate como organización ó cuerpo político. Los dos grandes partidos ingleses, y los dos americanos, sólo disienten en corto número de proposiciones. Por demasiado empírico, el Socialismo ha sido repudiado en todas las naciones del mundo, y las experiencias que de la practicabilidad de sus ideales se han hecho en Inglaterra, Estados Unidos y Méjico (Topolobampo), han fracasado miserablemente. El *Populismo* americano, expiró el año pasado, ingiriendo sabiamente sus actividades en los dos grandes partidos militantes, Republicano y Democrático.

Por lo tanto, es lógico, (tomando lección de naciones más avanzadas), que el camino único por donde los disidentes del actual gobierno de Méjico podamos ver realizado, en parte, al menos, nuestros respectivos programas, será la fusión de nuestros elementos en cualquiera de los partidos legítimos y autorizados, que actualmente se esbozan, es á saber, el *Militarismo* y el *Cientificismo*—cualesquiera que sean los nombres que á la hora oportuna adopten. Y haciéndolo, nos concretaremos á imitar á los *Conservadores* actuales, que poco á poco van afiliándose en los partidos mencionados.

Solamente obrando así podremos obtener la oportunidad de que la nación tome en serio nuestro desiratum.

Por último, señalé con franqueza los peligros que nos

amenazan, y entre éstos coloqué en primer término, las *revoluciones*. Mostré, sin la presunción de estampar algo nuevo, que, dadas nuestras circunstancias presentes, una “chispa revolucionaria” produciría una explosión tal en la Santa Bárbara, que echaría á pique nuestra autonomía nacional, ó, si se quiere, nuestra vida de nación autónoma. Cuba era, hasta hace poco, no menos libre que nosotros, y una revolución la ha hecho “no menos esclava.”

¿Es desesperado nuestro caso?—No; la neutralización del mal que nos amenaza, es posible; siempre que oportunamente se le opongan los medios propios para conjurarla. . . .

A fin de evitar el desplome, no pude encontrar más consejo, que el que Foción daba á los atenienses, cuya libertad se hallaba en peligro, es á saber: “sed los más fuertes, ó haceos amigos de los más fuertes.” Para lograr esto, lo primero que se impone, como *deber* ineludible, es la conservación, á toda costa, del *orden* y la *paz*. Con paz y órden, los elementos económicos de las naciones se desarrollan, florecen las industrias, el Tesoro Público se robustece y la Administración puede contar con lo indispensable para proveer á la defensa de la nación, “preparándose para la guerra mientras dura la paz,” conforme al proverbio latino.

A este propósito, hice notar lo inmensamente dispendioso de las guerras actuales, aún entre naciones débi-

les. Y dije también, que no hay más camino para enriquecer el Tesoro Nacional, que el del enriquecimiento de los ciudadanos, por medio de las explotaciones industriales y financieras.

Al pergeñar todo esto, con más buena voluntad que aptitudes, no me movió la vanagloria de pretender convertirme en domine pedante de mis compatriotas, sino llenar mis deberes de publicista honrado y de buena intención, no como pudieron llenarse por otro, con mejores aptitudes, sino conforme á las restringidas mías, que debo á la naturaleza y al estudio.

Podrá motejarse mi trabajo, á buen seguro, de deficiente; podrá asimismo tildarse de incorrecto, en lo que mira á la exposición de las ideas; pero, en uno ú otro caso, recuérdese que, "cuando la conciencia guía, la intención es sana y el estudio amerita, aún los mismos errores pueden convertirse en fructíferos, á tiempo de ser impugnados por los más expertos."—En este hecho evidente, está fundado todo el progreso de la Humanidad. Sin los errores de ~~dey~~ no hubiera descubierto los secretos cósmicos de nuestro universo solar.

Ptolomeo, Copérnico

